

La Polémica (o "Diálogo") Cortázar-Heker

La Escritura, Como Acto Político,
Deberá Tener un Receptor Adecuado

A la carta que le envió Julio Cortázar, planteándose como un "diálogo", y que publicamos el 19. Lilliana Heker respondió, en el mismo número de la revista "El Ornitorrinco", que recogió la polémica, con otro texto que empezamos a transcribir ahora. Lilliana advertía desde luego esto: "Premeditadamente eludo el tuteo en mi respuesta. Por razones cronológicas resulta natural que Cortázar utilice este tratamiento para dirigirse a mí. La recíproca, en cambio, conferiría a mi texto un tono algo ajeno al que pretendo darle a mi respuesta. Esta no es una carta personal: es un texto en el que se discute, no sólo con Cortázar, cuál debe ser la militancia de un escritor en el país que eligió como suyo".

A continuación, el texto final de Lilliana Heker, que hemos dividido en dos partes.

LA RESPUESTA DE
LILIANA HEKER

Cortázar: la etimología de la palabra "polémica" no modifica su connotación actual, que la aproxima más a la controversia que a la guerra. El hecho de que usted deteste esa palabra ("... 'polémica' se emparenta con 'polemos', la guerra, y por eso detesto la palabra") no debió impedirle advertir que en mi nota Exilio y literatura (El Ornitorrinco, No. 7) se ponían en discusión algunas cuestiones: 1) el rol que debe o no corresponderle a un escritor bajo un régimen militar como el que actualmente gobierna la Argentina; 2) si en términos de eficacia, pesa más el cómodo ejercicio de la libertad en el auto-exilio o el ejercicio riesgoso de una libertad restringida en el medio que se pretende modificar; 3) el alcance de las expresiones "exilio cultural".

VIRTUD DE LAS POLEMICAS

Yo basaba mi nota en algunas opiniones suyas de América Latina: exilio y literatura (Eco, No. 205), con las que no coincidía y que citaba rigurosamente. Si a su vez usted hubiera discutido mi texto nos habríamos aproximado un poco más a la verdad. En eso reside la virtud de las polémicas: nadie las gana o las pierde, ni matan a nadie, como ocurre con las guerras: permiten conocer una opinión y sus objeciones.

No se trataba de romper sillars ("... para que los lectores se relamen las fauces anticipando sillars rotas, tirones de camiseta y otras demostraciones propias de intelectuales ansiosos de verdad"). "Romper sillars", "darse tirones de camiseta", son expresiones que aluden más a la sensibilidad futbolística que a la confrontación de ideas entre escritores que disienten entre ellos. Tampoco se trataba de responderle a una cordial interlocutora imaginaria, como usted en definitiva hizo. Vale decir: usted eludió la discusión.

En su "Carta a una escritora argentina" no hay una sola cita ni una sola síntesis rigurosa de mis palabras; tampoco el menor indicio de que las haya leído con atención. En cambio su retórica sugiere una misteriosa polemista que escribe movida por sentimientos personales ("... te alegras de que yo haya tomado partido..."). "... te molesta que yo haya explicado con cierto detalle..."; "... parecés creer que he buscado sumarme ahora..."; una polemista bastante original ya que, en términos generales, está de acuerdo con las opiniones que pretende cuestionar ("... se me ocurre que no tenías demasiadas críticas que hacerme..."). "... el hecho de que apruebes mi punto de vista general..."; "... anula casi totalmente tus discrepancias colaterales...").

PALABRAS COMO RUIDOS

Pero el caso es que en todo mi artículo no he expresado un solo sentimiento personal; le propongo que los busque atentamente. Es más, recurrir a sentimientos personales cuando se está tratando una cuestión ideológica indica endeblez en los argumentos, o demagogia. Y además, yo no apruebo su punto de vista general; al contrario: uno de los asuntos que discuto en particular es el punto de vista de su texto, el que usted haya ahogado el problema del exilio considerándose a sí mismo un exiliado (1).

1—Usted me dice: "... si en el artículo que citas se me fue eso de que el exilio 'sólo se me ha vuelto forzoso en los últimos años' lamento la patinada involuntaria." Ocurra, sin embargo, que en su texto usted hace menciones a su condición de exiliado. Dice, entre otras cosas: "nos han expulsado de nuestras patrias." Como verá, resulta muy difícil atribuir su auto-denominación de exiliado a una "patinada involuntaria".

Lo que sí destacué es la intención general de ese texto. Dos veces: en el cuarto párrafo y en el párrafo final. Concretamente escribí: "Su intención general no sólo no es imputable sino que puede considerarse generosa (...); propone la no utilización de exilio como disvalor, sino como conversión lúcida en una acción positiva, en un estímulo creador." Y en el párrafo final: "Y a nosotros, acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumérgirnos en nuestra situación y volverla un hecho positivo". Ahora que tiene esta nueva oportunidad de leerme, tal vez advertirá a qué queda reducida la "tremenda contradicción entre el principio y el final de su artículo". Cuidemos los adjetivos, Cortázar. Una contradicción no se vuelve más contradictoria porque se la califique de "tremenda". Si además esa contradicción no existe, hay derecho a pensar que usted a veces utiliza las palabras como meros ruidos.

El hecho, supuesto por usted, de aprobar yo el punto de vista general (yo escribí "intención") de su artículo anulaba casi totalmente las discrepancias colaterales. Esa apreciación suya es puramente subjetiva. Las cuestiones que usted considera "colaterales"—y que constituyen el tema central de mi discusión—son las que atañen a la actitud que, a través de la historia, han venido asumiendo en todos los países los escritores con conciencia nacional: entender que la literatura y el pensamiento cumplen un rol dentro de un proceso muy vasto y complejo, en el que participa todo el pueblo, y que es a los intelectuales a quienes corresponde definir el signo y la gravitación de ese rol, y resistir y oponerse a una "cultura" impuesta por el orden dominante.

EL RETORNO DE 1973

¿Estas cuestiones le parecen colaterales? Pero tal vez eso no tendría que sorprendernos. En 1951 a usted le desagradó la realidad del peronismo; no intentó entender esa realidad ni modificarla; simplemente se fue a París. Nadie lo echó, no huyó por motivos políticos: se fue. Queda muy claro, y usted lo admite, que no era un exiliado, y también queda muy claro que no consideraba la cuestión nacional como asunto suyo. En treinta años, usted sin duda ha modificado su concepción general del mundo: viajó a Cuba, dice haber estado por el socialismo, adhirió a los movimientos de liberación. Pero nunca volvió a la Argentina. Por último, ya hace años, eligió nacionalizarse francés. La historia de lo que usted enfatícamente llama "mi pueblo" seguía sin parecerle asunto suyo. Cierto, sí, una vez volvió: en abril de 1973 visitó nuestro país. En esa oportunidad nos confesó a la gente de El escarabajo de oro que no entendía la realidad argentina. Es natural: un país, visto de cerca es complejo. Desde 1951 hasta 1973 ha-

bian pasado muchas cosas: obreros, intelectuales, políticos, estudiantes, habían actuado, habían sido silenciados, habían disentido, habían retrocedido o avanzado, habían ido modificando con sus actos la realidad nacional hasta llevarla a esa situación de abril de 1973 que usted consideró favorable para visitarnos. En esa época se adhirió de hecho al proceso que estaba viviendo la Argentina. Publicó una novela, Libro de Manuel, que de ninguna manera estaba a la altura de sus mejores éxitos, pero que yo misma defendí como opción (El escarabajo de oro, No. 46, 1973). Ese libro no valía por su poder modificador ni como hecho artístico; su valor circunstancial residía en demostrar fácticamente que Julio Cortázar, uno de nuestros mejores narradores actuales y muy leído por la derecha, Cortázar, que empezó publicando en Sur, había roto manifiestamente con la derecha.

Ese libro era una adhesión. Y, si me permite definir su conducta, yo diría que en general usted actúa de adherente. Apoya movimientos, se manifiesta partidario, se solidariza. Ese es un rol legítimo, sin duda, y le permite hacer pesar su prestigio. Y sus privilegios. En efecto, le guste a usted o no, su situación es de privilegio: escritor no exiliado, no habitante de un país sometido, difundido internacionalmente y además, ahora, casi francés. No sé del caso de muchos argentinos que se hayan ubicado en una situación tan cómoda para luchar por "su pueblo". Pero, si usted quiere, admitamos que en eso, en la impune lejanía que usted ha elegido, reside su eficacia. La suya.

EMPLAZAMIENTO

Lo curioso es que ahora, en virtud del riesgo que otros hombres han corrido por quedarse en su patria, y aun de la muerte de otros hombres, usted convierte su vivir en París en una —la— elección combativa: usted ahora es un escritor con conciencia nacional que ha elegido el mejor camino. El único posible, al parecer. Lo recomienda a los otros escritores argentinos. Escriba: "Simplemente, aquellos que un día decidían decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria".

Quiero señalar tres puntos de ese párrafo: 1) El uso de "nosotros". ¿En qué legión se está enrolando mediante el pronombre "nosotros"? ¿En la de los escritores argentinos que desde hace treinta años viven en París? ¿En la de los escritores argentinos que, ante la deprimente situación nacional, han decidido vivir más cómodos en el extranjero? ¿En la de los poquísimos escritores argentinos que, profundamente ligados siempre a la realidad nacional, han debido irse por razones políticas concretas? La aclaración sería importante ya que su carta como usted mismo lo advierte, está destinada a lectores extranjeros, quienes, al no tener referencias, darán a su frase cualquier sentido o el sutilmente heroico (¡ah, "polemos"!) que desliza su retórica. "Tendrán que reunirse con nosotros" implicaría una orden militar, llegar en pelotón a esa especie de puesto de avanzada de la literatura nacional, puesto en el que usted ya se ubicó irrevocablemente por la gracia del pronombre "nosotros". Usted ya lo ha elegido, ahora, los valientes tendrán que seguirlo. No es la única vez que usted se ampara en el "nosotros". En la respuesta que le da a Julio Huasi, y que publicó en parte Reportaje a la cultura (No. 2), dice: "¿Dónde están, quiénes son los verdaderos exiliados? ¿Nosotros, dispersos en el planeta, o todo un pueblo privado de sus mejores artistas y escritores?" Acá, la expresión "nosotros, dispersos en el planeta" confiere a su situación particular un gramatismo que, al aplicarlo a su situación real, resulta un poco cómico. Y no voy a enumerar, por ahora todos los dramaturgos, narradores, poetas, actores, directores de teatro, pintores y músicos que actualmente viven en la Argentina porque la sola expresión que usted utiliza, "los mejores", dentro de la cual se enrola, es tan megalómana que no necesita ser refutada. 2)

2—Sin entrar por ahora en consideraciones de eficacia política, le recuerdo que en la actualidad viven en la Argentina escritores como Borges o Sabato o Bioy Casares o Mujica Láinez. Este hecho hace que su juicio taxativo sea, por lo menos, discutible.

En cambio le voy a recordar que "todo el pueblo" siempre ha estado privado de sus mejores artistas y escritores. Y no sólo por la censura. Esa es una de las razones por las que ciertos escritores decidimos quedarnos: porque es este país nuestro el que queremos cambiar. Esta realidad —un pueblo real que no tiene acceso a la cultura, gente que a veces no tiene para comer, desocupados, desaparecidos por los que nadie responde, hombres a los que echan del trabajo por plegarse a un paro—, todo esto es la realidad nacional. ¿Se puede, a la vez, elegir afrontarla y elegir vivir en París? Quizá. Pero, ¿se DEBE?

DESTINATARIA NATURAL

2) La expresión "decir lo que verdaderamente piensa". Usted escribe: "... aquellos que un día decidían decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria". Y yo le pregunto: ¿a quién se lo van a decir entonces? Cito lo que ya escribí: "¿Qué sentido tiene, para un escritor nacional, testimoniar su verdad si no va a ser leída por aquellos, fundamentalmente sus compatriotas, para quienes esa verdad está destinada? La escritura como acto político necesita el receptor adecuado, no es un grito en el vacío ni tiene un valor absoluto; su valor es circunstancial y, por lo tanto, debe estar inmersa en la circunstancia sobre la que pretende actuar". Su planteo sobre la escritura de sus textos políticos es exactamente el opuesto del que yo propongo: usted desplaza al receptor en beneficio del derecho de Cortázar a decir lo que se le ocurra. Pero decir lo que a uno se le ocurre no es lo mismo que tener lucidez política. Usted escribe: "... yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en muchos países y esa es mi manera de dar a conocer lo más ampliamente posible lo que me parece necesario y útil".

Usted se emociona con su libertad. "Yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en muchos países". Lo felicito. Pero ocurre que para algunos intelectuales argentinos "publicar en muchos países" no atemperaría el hecho de "publicar intrascendencias en la Argentina". Esos intelectuales no ponen el acento en "publicar" sino en "testimoniar la realidad nacional".

No los calma ser difundidos a través del planeta; buscan pesar sobre la circunstancia argentina. Usted podría argumentar con todo derecho que eso no es su propósito. Pero no lo argumenta; elige, al parecer, la ubicuidad: el párrafo que cité ("yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en muchos países...") termina: "... y confiar en su ingreso, por diversas vías, a su destinataria natural que es la Argentina". Esa confianza en que sus textos llegarán "por diversas vías" es un proyecto demasiado vago, demasiado fundado en el azar —o en el trabajo y el riesgo de otros—. ¿Se ha preguntado, Cortázar, si sus textos políticos son lo bastante sólidos, si están fundados en un conocimiento de la realidad nacional lo suficientemente profundo como para que valga la pena que alguien aquí se haga cargo de esa "clandestinidad" que usted propone para su difusión?